

PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIDOS, SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO !

alarma

Nueva serie
FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO
Núcleo M

Octubre 1971

Boletín n.º 19

LAS HUELGAS DE BARCELONA Y DE LA CUENCA Minera asturiana

La solidaridad con los despedidos de que sin cesar da muestras el proletariado español es uno de los aspectos más prometedores del proceso de lucha en gestación. En ese sentido, los trabajadores de la SEAT barcelonesa han dado un importante paso adelante intentando forzar la vuelta a sus puestos, contra la voluntad de la dirección, de los ventitantos obreros despedidos por ella. Y su resistencia al tiroteo de la policía que asedió la fábrica es muy elocuente sobre el estado de espíritu que reina. No se trata de algo casual, producido por las condiciones particulares del conflicto en SEAT. En todo el país, la clase trabajadora mira con admiración y aprueba unánimemente a sus camaradas de Barcelona, pues sabe que en cualquier sitio y momento pueden producirse choques con la policía. Motivos sobrecabundantes, aunque los deseos estén retenidos por diversas causas, entre las cuales la represión ya no es siquiera la principal. Antes de seguir adelante en este comentario, transmitamos nuestro fraternal saludo a los huelguistas y en particular a los heridos y a las víctimas de la represión policíaca.

Lo que asombra es que en las condiciones en que actualmente se encuentra el proletariado no estallase en Barcelona, horas después de conocida la agresión armada gubernamental, la huelga general de protesta y solidaridad. Probablemente, los hambres de la SEAT misma habrían conseguido desencadenarla, si se hubiesen presentado, por grupos poseedores numerosos que escaparan a la policía, en fábricas y barrios obreros al grito de: ¡HUELGA GENERAL!

El caso es que no ha habido en cuanto a solidaridad sino paros parciales, sin consecuencias para el poder ni para el capital. Y lo probable es que de eso sean culpables los sindicatos católico-stalinistas dichos Comisiones Obreras. Están entrenándose a producir paros limitados (pseudo-huelgas) a fin de evitar que el proletariado emprenda huelgas generales ilimitadas. Es lo que hacen sus congéneres en Europa.

El problema de los despidos obreros al arbitrio patronal o gubernamental es uno de los más importantes planteados al proletariado. Aunque en ciertos

casos se consiga por lucha la reintegración al trabajo, hay que recomenzar de continuo, y el problema sigue sin solución. No puede tenerla mientras el capital sea el amo en cada unidad de producción y en el centro político gubernamental. Pero si se puede poner proa a la solución reclamando condiciones de trabajo que imposibiliten los despidos, siquiera sea aprobados por la Magistratura. La única Magistratura del Trabajo que los obreros deben reconocer está puertitas adentro de cada fábrica y la constituyen los productores mismos. El problema está íntimamente ligado al del ritmo de la producción y al de los reglamentos interiores. Y bien, sobre todo ello, la decisión soberana debe corresponder a quienes ponen en actividad los instrumentos de trabajo. Una huelga que exija eso sentaría un precedente que no tardarían en imitar todos los trabajadores de Península.

Por su parte, los mineros asturianos de los pozos estatizados, reivindicando 40 horas de trabajo semanales, ponen en juego una lucha que deberá ser llevada hasta el máximo, es decir, hasta un tiempo semanal de labor lo bastante reducido para permitir a cada uno, en particular a los jóvenes, formarse según sus inclinaciones. Las 40 horas fueron conseguidas hace ya unos 35 años, perdidas luego en la práctica debido a derrotas de la clase obrera y al consentimiento sindical en Europa, no lo olvidemos. Hoy se puede y se debe reivindicar bastante más, y obtenerlo aún sin salirse del sistema existente. Incluso algunos economistas burgueses (ejemplo, Fourastier en "Les 40.000 heures"), reconocen que consignas como esas son, en general, satisfechas cuando ya están sobrepasadas y se puede alcanzar una reducción mayor. La reclamación de los mineros va apuntada en la buena dirección, pero es todavía muy tímida. La semana no debería sobrepasar en la actualidad 30 horas de trabajo, sin perjuicio de las vacaciones pagadas. Añadamos que, liquidando el capitalismo y organizando la producción con arreglo a criterios socialistas --no estatales--, la disminución sería mayor, por utilización de la técnica al máximo, y por incorporación al trabajo útil de cuantos desempeñan actividades superfluas, parasitarias o perjudiciales a la sociedad, cada día más numerosos.

Pero es también indispensable, urgente, que desaparezca el infame salario base y con él las primas, destajos, bonificaciones, etc., que agravan la explotación. Hay que reclamar pues una paga simple, que comprenda lo que hoy se cobra por estos últimos conceptos. (Para este problema, como para el planteado en Barcelona, véase nuestro "Cómo dar consciencia revolucionaria a las luchas económicas y políticas", en Alarma n.º 12, así como "Pro Segundo Manifiesto Comunista").

Las reivindicaciones de la clase obrera están enlazadas unas a otras, y a menos de conformarse con seguir siendo clase explotada, debe formularlas en forma que el desarrollo máximo conduzca a la supresión del capital, y a la instauración de la gestión obrera sobre economía y sociedad. Por ejemplo, el aumento de paga debe llevar a la supresión del trabajo asalariado, o sea, a la utilización de los instrumentos de trabajo y a la distribución de sus productos por los interesados mismos, los obreros y en definitiva la sociedad; la disminución de horas de trabajo debe ser llevada hasta donde lo permita el empleo completo de la técnica, sin explotación, y desembocará en un desarrollo tan alto y universal de la cultura, que desaparecerá la separación forzosa entre trabajo manual e intelectual; la lucha contra la arbitrariedad patronal debe desembocar en la supresión del Derecho mismo del capital, cuyo fundamento principal es la esclavitud del salariado.

LUCHAS OBRERAS PASADAS Y FUTURAS EN ESPAÑA

La desproporción entre las posibilidades revolucionarias y los proyectos de las organizaciones de oposición, es en España tan enorme como en cualquier otro país, pero más agudo y trágico en lo inmediato, porque cercano, si no inmediato está el desenlace del conflicto entre los oprimidos y la dictadura. Limitándonos a España, el recorrido de la lucha de clases es en resumen el siguiente:

1925-31 - Lucha contra la dictadura de Primo de Rivera y contra la monarquía. Victoria pacífica de la República, gobierno republicano-socialista, asamblea constituyente.

República y Asamblea gobiernan y legislan para el capitalismo. Los trabajadores industriales y agrícolas ven chasqueadas sus esperanzas. La represión contra huelguistas, ocupantes de tierras y organizaciones avanzadas fue incesante y hecha con el mismo aparato policiaco, militar y judicial de la monarquía.

1933 - Desorganizada la primera ofensiva obrera por la coalición republicano-socialista, progresa la extrema derecha republicana (Lerroux) y la filofascista (Gil Robles). Adquieren la mayoría parlamentaria y gobiernan. La represión se intensifica. Pero la clase trabajadora reacciona vigorosamente. Pronto se halla otra vez en pie de lucha y ya no se conforma con la República a secas.

1934 - Insurrección de Asturias y huelga general insurreccional en el resto del país. El proletariado toma el poder en Asturias, incauta minas e industrias, organiza una distribución de sentido socialista. El movimiento fue vencido militarmente, en condiciones que no cabe evocar aquí. Nueva y mucho más feroz represión, particularmente en Asturias. Esa situación dura hasta diciembre de 1935, en que, bajo presión de multitudes, fue disuelto el parlamento y hubo convocatoria a nuevas elecciones.

1936 - Las elecciones de febrero representaron un triunfo clamoroso para el Frente Popular (socialistas, republicanos, stalinistas), que gobiernan también para el capitalismo, reprimen abajo en forma parecida al primer gobierno republicano-socialista, mientras toleran los desmanes de militares e iglesia y blandean incluso ante los fascistas. Pero ahora las masas trabajadoras han adquirido una consciencia, una experiencia y un temple del que carecían en 1931. Están continuamente al borde de la revolución, a duras penas contenidas por el gobierno y las organizaciones del Frente Popular. Temiendo que éstos no se bastasen para rechazar la revolución amenazante, los militares, el clero y los fascistas deciden doblegar al proletariado mediante un golpe de fuerza. Fue la "rebelión" de los cuarteles el 18 de julio.

19 de Julio de 1936 - El proletariado, unánime, responde a la cuartelada con una insurrección formidable que aniquila vertiginosamente al ejército en todas las ciudades importantes y en la mayoría del país. Los militares no estuvieron en condiciones de iniciar la guerra civil sino porque el Frente Popular contemporizó con ellos y consiguió, en algunas ciudades del sur y del norte, impedir que los trabajadores se armasen.

1936-1937 - De julio del primer año a mayo del segundo se sitúa el nivel más alto alcanzado por las masas trabajadoras. Con las armas cayeron en sus manos la economía y el poder, éste último detentado por comités-gobierno. Pero quedaba formalmente en funciones, aunque sin ningún efecto al principio, el poder capitalista representado por el Frente Popular. Este inicia contra la obra revolucionaria un trabajo de zapa que empieza a darle resultados a finales de 1936, y destapa poco a poco su juego traicionero hasta designar como fascistas a quienes ponían en práctica medidas de revolución social o hablaban siquiera de ella. Descollaron en la vileza de tales acusaciones los representantes del partido pseudo-comunista: Pasionaria, Carrillo, Lister, Diaz, etc.

Mayo de 1937 - El proletariado, harto de verse arrebatado una tras otra sus conquistas, la revolución, se sublevó en Cataluña contra el partido pseudo-comunista y su Frente Popular. Esa insurrección, no menos vertiginosa que del 19 de Julio, no fue derrotada por las armas, ni mucho menos, sino dislocada por la negativa de la C.N.T. a apoyarla y a pedir solidaridad a los trabajadores de toda la Península, que sólo estaban informados por los destructores de la revolución. Quedó así definitivamente afirmado el polo capitalista del poder, desbaratado diez meses antes, y él fue destruyendo rápidamente la revolución, matando así el nervio combativo del proletariado, su razón de lucha, lo que puso irremisiblemente en manos de Franco la victoria militar.

1939-1971 • Trentián años de despotismo fascista, militarista, clerical. Una de las más sangrientes represiones que registre la historia de la humanidad, ley de guerra permanente embrutecimiento cultural, rienda suelta a la explotación, gigantescos negocios sucios y estafas continuamente perpetrados desde el poder. Durante tan largo período, ¿quien se ha levantado contra la opresión y la explotación sin freno sino el proletariado mismo a partir de 1951? Su acción cada día más frecuente y extensa, respaldada por el odio al régimen de la inmensa mayoría de la población, ha carcomido la solidez del régimen y es lo que ha originado las fricciones entre los vencedores y reticencias como las de la iglesia y de determinados círculos burgueses.

Nos encontramos al cabo con un proletariado joven en sus tres cuartas partes, que ha ido avezándose por sí sólo a la lucha en innumerables huelgas locales y con un porvenir cercano tan placentero como pocos en el mundo. ¿En qué sentido debe orientar ahora su lucha económica y política, cual es la solución a sus problemas? La respuesta está contenida, irrefutable, en su propia historia anterior a partir de la caída de Primo de Rivera y de Alfonso XIII. Si entonces lo que latía en la agitación concreta y en el pensar, siquiera al principio, de los trabajadores, era la necesidad de suprimir el capitalismo, ¿cual otra puede presentarseles hoy? Si entonces esa necesidad se abrió camino, a pesar de los obstáculos que encontraba, hasta destruir las bases económicas y políticas del sistema en 1936, es que no podía haber otra solución, es que la revolución constituía, ya entonces, un imperativo histórico inmediato. Con tanta mayor razón en la actualidad. Sin alcanzarla, no habrá solución para los problemas del proletariado, cualquier régimen político se instaurará.

Ni siquiera es imaginable que el proletariado español emprenda un ataque simultáneo en todo el territorio, sin ser llevado por la dinámica de la lucha, y aún sin consciencia previa de ello, a tomar medidas revolucionarias. Porque lo hecho una vez, permanece en el proletariado como rescoldo listo para transformarse en llamarada a la primera oportunidad. Podemos estar pues seguros de que, a menos que no sobrepase el nivel de las luchas defensivas locales, tomará rumbo y medidas revolucionarias.

Por eso, a medida que se acerca el desenlace de la situación creada por el franco-falangismo, más urgente se hace preparar consciente, metódicamente, la entrada en acción revolucionaria de los explotados en general. Las condiciones materiales para la revolución (capacidad industrial y técnica, número de trabajadores, etc.) son ahora mejores que en el decenio 30, pero en cambio hay mayores dificultades políticas que vencer. Proceden de cuantas organizaciones niegan que la revolución proletaria sea una necesidad inmediata, urgente, pero en particular de las más hipócritamente anti-comunistas, las que quieren echarnos encima un capitalismo de Estado a imitación de Rusia o de China. El enemigo declarado es mucho menos peligroso que el que se disfraza de amigo. De ahí que la desproporción entre posibilidades revolucionarias y proyectos de las organizaciones conocidas sea tan enorme y aguda en España.

Y bien, todo dependerá en el futuro próximo de que grupos obreros suficientemente numerosos en todo el país, adquieran consciencia de dichos obstáculos y se preparen para derribarlos. La sucesión de los acontecimientos será su mejor aliado e irá dándoles la confianza de la mayoría.

Hay que defender la soberanía absoluta de los trabajadores para cuanto les concierne, en cada lugar y en todo el país, Comités de elección libre.

Hay que orientar las luchas obreras, desde ahora, al fin de la explotación pidiendo: escala descendente de horas de trabajo sin disminución de paga, y

TODO AUMENTO DE LA PRODUCTIVIDAD (su valor) A LOS TRABAJADORES QUE COLECTIVAMENTE LA CREAN.

Hay que denunciar sin mitigaciones a los enemigos encubiertos del proletariado, que diciéndose comunistas, preparan una nueva esclavitud bajo un capitalismo estatal.

EL AUTO-INDULTO DE FRANCO

El último de los "perdones" concedidos por el omnipotente pigmeo de El Pardo, es a la vez el más mezquino de todos y el más importante... para los bajos fondos del régimen, situados en la cúspide de su escalafón.

La perversidad franquista todo el mundo la admite, pero es frecuentemente ignorada en sus detalles. Una de sus manifestaciones es el sistema judicial y carcelario. Al fallar sus siempre durísimas condenas, los tribunales militares y de excepción calculan que el reo va a "disfrutar" de uno o varios indultos, de la llamada redención por el trabajo a partir de la fecha de su condena, y de la libertad condicional al extinguir los dos tercios de la misma. Las sentencias son alargadas intencionalmente, en proporción a tales "beneficios". Pero luego, los condenados, sobretodo los políticos, tardan meses, a menudo años en empezar a "redimir", los indultos no llegan y la libertad condicional es concedida, desde hace años, casi exclusivamente a los presos de derecho común. A todo ello hay que añadir que la dirección de un cárcel puede retirar a cualquiera los "beneficios" ya adquiridos y exceptuarlo de indulto si lo hay. Puede bastar para ello la más leve falta disciplinaria. Un simple "me cago en Dios" prolonga a veces durante años la permanencia en la cárcel de un hombre. Es decir, que si un tribunal sentencia 10 años a fin de que el sentenciado permanezca en la cárcel por lo menos 5, éste cumplirá siempre más de 5 años, a menudo 7 u 8 y algunas veces los 10. Y si durante ese tiempo intenta fugarse sin lograrlo, le caen automáticamente encima, por "quebrantamiento de condena", 3 o 4 años suplementarios; ya sin ningún "beneficio". Tal es la generosidad de alma del cristianísimo régimen.

El indulto de ahora es el más mezquino porque exceptua, además de los indultados de pena de muerte, como todos ellos, a los condenados en Burgos y a cuantos hayan disfrutado del indulto anterior, en 1965, forzosamente condenados a penas largas, entre 15 y 30 años. El número de liberados inmediatamente se limitará, entre los políticos, a quienes estaban ya a punto de salir. Otra excepción muy característica del régimen es la de cuantos hayan elevado protestas, hecho huelgas de hambre o incurrido en otras faltas.

En cambio, todo el mundo se da cuenta, el indulto es muy generoso para los grandes ladrones del asunto Matesa y de otros asuntos menos sonados o por completo silenciados. No sólo libera de cualquier pena a los numerosos encartados visibles y ocultos, hace también imposible la prosecución de las investigaciones, y, en suma, entierra definitivamente el asunto. Ahora bien, entre los otros asuntos también enterrados, había uno, probablemente destapado por los culpables del otro, o sea por el Opus Dei, en que se hallaban encartados familiares de Franco y uno de sus abogados. En resumen, un asunto Franco ha servido de chantaje para enterrar el asunto Matesa. Era fácil de prever. No cabe pues duda de que este indulto es importante como ninguno para las altas esferas. Franco indulta al régimen y se indulta a si mismo.

DEFENDAMOS A JULIAN MILLAN

El atropello de que es víctima Julián Millán, de tendencia anarquista, es uno de los mayores del régimen en los últimos tiempos. Lleva más de cuatro años encarcelado sin que se le haya hecho juicio, y la libertad provisional le ha sido denegada varias veces. Tan prolongada detención preventiva quiere siempre decir --nos lo ha mostrado la experiencia-- que la instrucción judicial no ha encontrado pruebas contra el acusado. Según los periódicos anarquistas, el juicio había sido finalmente señalado para el mes de noviembre, con petición fiscal de 17 y 24 años. Pero había indicios de que se fraguaba hacerlo por sorpresa, adelantándolo para eludir la presencia de abogados y periodistas extranjeros. Millán está muy lejos de gozar de la publicidad que influyó en el proceso de Burgos. No es nacionalista, ni católico, ni stalinista. Con tanta mayor energía debemos salir en su defensa los revolucionarios por todos los medios a nuestro alcance, escritos, verbales, de acción.

Los rumores sobre una inminente coronación del señorito Juan Carlos han sido desmentidos por el coronador mismo y en forma tan estrepitosa y desproporcionada al hecho rumoreado (los aullidos de la manifestación de la Plaza de Oriente) que hace sospechar desavenencias entre el aprendiz dictador y su maestro. Franco continuará despotizando, él y no otro, mientras su Dios le dé fuerzas para estar sentado en un consejo de ministros y aunque ponga mala cara Nixon, que había presionado para inducirlo a retirarse. Era de esperar, por razones que los lectores de Alarma conocen.

Con ese motivo, la propaganda pro-china ("Acción", "Agence de Presse Populaire" y los organos de los partidos inspiradores) pusieron en juego su habitual frenesí de parada en defensa de la República y de una democracia que sus maestros de Pekín, de Hanoi o de Argel pisotean en no menor grado, si, que el régimen de Madrid. No hay crimen cometido por Franco de que no sean también culpables, en sus respectivos países, aquellos gobiernos que los pro-chinos (o los pro-rusos) presentan como ejemplares. Sólo la ignorancia completa de eso y de lo que son las ideas revolucionarias, puede valerles la simpatía de trabajadores honrados.

FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO declara una vez más que el proletariado no puede en modo alguno ser republicano a secas, porque la República, aun suponiendo que una vez declarada respete siempre las libertades y garantías llamadas Derechos del Hombre, no es la solución que requiere la clase trabajadora y el país en general. Porque la verdadera democracia y la libertad no pueden empezar sino a partir del momento en que los instrumentos de trabajo y producción, la organización de ésta y de la distribución, más el poder político, pasen a manos de los productores. Quienes hablan de una revolución democrático-burguesa, o bien "popular", no saben lo que dicen o lo saben demasiado. Es decir, o ignoran que así se le tiende un cepo al proletariado o tienden ese cepo ^o ~~deliberadamente~~. No hay lugar sino para una revolución, la revolución comunista. Cualquier otra cosa guardará las formas explotadoras capitalistas, mismas que ha representado Franco.

Consecuentemente, la consigna que recomendamos propagar en inscripciones murales, en pasquines y octavillas, es la siguiente:

VIVA LA REPÚBLICA OBRERA!
PODER-ARMAS-ECONOMIA
AL PROLETARIADO,
NO A ESTADO, PARTIDO O SINDICATO
F. O. R.

NOTA - RECORDAMOS A NUESTROS LECTORES EN EN ESPAÑA que recibir Alarma no entraña responsabilidad política alguna, máxime no habiendo solicitado su envío, y por otra parte, que la correspondencia con nosotros puede establecerse remitiéndonos carta por medio de cualquier amigo residente en otro país. De todos modos, el lenguaje de una carta de España al extranjero puede ser tan claro como se quiera, pero no en sentido inverso. Tomenlo en cuenta nuestros corresponsales.

¿DE LA CRISIS MONETARIA A LA CRISIS DE SOBREPRODUCCION?

En el pasado, las crisis monetarias precedían a menudo a una crisis general de la actividad económica: cúmulos enormes de mercancías sin venta, aún ofrecidas a bajo precio, quiebras en cadena de bancos y de grandes compañías y trustts, catástrofe bursátil, despidos de trabajadores en masa, paro obrero por decenas de millones en los países industriales, vagabundaje, con cuantas misérias y sufrimientos acarrea todo ello para quienes la venta cotidiana de la fuerza de trabajo es el único medio de vida. En eso consiste, referida al sistema capitalista, una crisis cíclica o de sobreproducción. Referida a las necesidades de la población en cada país y mundialmente, se trata, al contrario, de una crisis de subconsumo. No es que haya demasiados productos, ni de consumición inmediata ni de maquinaria para un aumento ulterior de la producción, es que no se puede consumir sino comprando, lo que reduce el consumo a lo que se gana, una minoría exceptuada, y por repercusión las inversiones de capital.

¿Va acercándose el sistema capitalista a una crisis de ese género? La respuesta no puede ser terminante en ningún sentido. Desde la última y más grave de las crisis cíclicas, la iniciada en 1929, no ha habido ninguna recurrencia. Lo que se llama recesión es una mengua de la acumulación ampliada de capital, mientras que la crisis de sobreproducción se caracteriza por la desaparición temporal de la acumulación, al menos en ramas importantes, e incluso por la disminución del capital. Precisamente a partir del New Deal de Roosevelt, el capitalismo, mucho más concentrado y consciente de su funcionamiento, ha aprendido a dirigirse y a evitar escollos. Ni sus inversiones en las múltiples ramas de la economía, ni su producción anual, ni la capacidad del mercado, ni sus proyectos de futuro crecimiento ocurren hoy de manera enteramente caótica como en el pasado. Además, dispone de mecanismos para suavizar las consecuencias de desequilibrios imprevistos. En suma, ha dejado de estar inerme ante unas leyes económicas que ignore por completo. No obstante, los factores imponderables no han desaparecido, sobretudo en el área internacional, y algunos son absolutamente irreductibles al más ducho de los dirigismos. En consecuencia, la crisis de sobreproducción podría imponérsele, aunque cuente con menos probabilidades que en el pasado.

Las medidas anunciadas de sopetón por Nixon, conjuren o no la transformación de la crisis monetaria en crisis de sobreproducción, tendrán por efecto infalible acentuar el dirigismo económico, incluso estatal, en Estados Unidos, y el de los Estados Unidos sobre el resto del mundo. Nixon dicta sus medidas al exterior no menos que fronteras adentro. Suprimiendo la convertibilidad del dólar en oro, pidiendo una revalorización de las otras monedas occidentales, imponiendo nuevos derechos aduanales a las mercancías importadas, no sólo procura extender el comercio exterior americano, que ya abarca más de la mitad del comercio mundial, sino asegurar en favor del dólar una ventaja que le permita cubrir parte de sus gigantescos gastos militares, chancro amenazador, y atraer por lo menos parte del oro que ha emigrado a los bancos europeos. Ningún gobierno dejará de someterse siquiera a regañadientes, porque les es indispensable el cobertizo de la economía yankee para contemplar una futura mejoría de sus negocios. En la Organización de Cooperación y de Desarrollo Económico, centro dirigista principalmente europeo, ya hablan de "hacer de la necesidad virtud".

En su propio país, Nixon, acordando altos créditos a nuevas inversiones industriales, dando garantía estatal a ciertas grandes compañías, congelando precios y salarios, acentúa el imperio del Estado sobre el capital, y el del capital como un todo sobre la clase trabajadora, que pagará en definitiva los tuestos rotos, allí e internacionalmente. A notar que la central sindical AFL-CIO, como parte del engranaje explotador que es, aceptó con antelación la congelación de los salarios y se ha comprometido a no propiciar huelgas durante el tiempo reclamado por Nixon, 90 días. Si el plazo fuese 900

días haría igual.

Todos los grupos que se dicen revolucionarios, desde los de la IV Internacional hasta los consejistas, dan por inevitable una crisis de sobreproducción, pretenden que estamos ya entrando en ella. Les lleva a asegurarlo, no un estudio serio y completo de la situación actual del capitalismo, pues ninguno está siquiera en condiciones de hacerlo, aunque quien más quien menos llene largas páginas sobre el tema; no, es en ellos una fe, un credo en la incapacidad del sistema para introducir en su rotación un orden --o un desorden-- mínimo con arreglo a sus propios valores. La inconsistencia de semejante afirmación merecería pasarla por alto, si no se doblase de un segundo credo notablemente pernicioso. Los mismos grupos, en efecto, uno a uno, ven en la crisis de sobreproducción el medio ambiente indispensable para despertar la conciencia del proletariado y hacer la revolución. En realidad, éste segundo artículo de fe es antecedente y no consecuente del primero, mientras que el conjunto tiene los caracteres de un dogma.

Como prueba objetiva de tales afirmaciones es presentada casi siempre la siguiente cita de Marx:

"Llegadas a cierto grado de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en colisión con las relaciones de producción existentes o con las relaciones de propiedad en cuyo seno se movían hasta entonces, que no son sino su expresión jurídica. Hasta ayer formas de desarrollo de las fuerzas productivas, dichas condiciones se convierten en trabas graves. Empieza entonces una era de revolución social".

Esa cita no se refiere en manera alguna a las crisis de sobreproducción y traerla a cuento a tal propósito es hacer trabajo de embrollón. Tampoco otra más atinada demostraría, es evidente, que el mundo está adentrándose, ahora, en una crisis de sobreproducción. Marx alude ahí a todo un tipo de civilización que entra en una crisis para él insoslayable e insoluble. Por completo diferentes son las crisis de sobreproducción, desarreglo pasajero del sistema, que éste mismo ha resuelto múltiples veces sin perder su viabilidad social. Por el contrario, la crisis de sistema originada por la colisión entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, va en agravación incesante una vez iniciada, y su única solución consiste en un trastrueque revolucionario que ponga en armonía fuerzas productivas y relaciones de producción.

Los creyentes en la inevitabilidad de la crisis de sobreproducción no distinguen entre los dos tipos de crisis. Todo lo más, presentan como manifestaciones de la crisis de civilización las mismas de la crisis cíclica, agravadas, y ello los conduce a considerar indispensable para la revolución que decenas y centenares de millones de trabajadores sean arrojados al paro y a la extrema miseria. Por otra parte, se les antoja que si el capitalismo supiera sortear la crisis de sobreproducción y aumentar su potencial, sería eso un signo de buena salud que quitaría actualidad a la revolución. El error es completo y de los peores que puedan cometerse. Indica, en efecto, que quienes incurren en él no ven claro en qué consisten las manifestaciones de la crisis de la civilización capitalista, no sabiendo, por consecuencia, qué oponerle, ni como luchar contra aquellas y contra ésta. Sin el desbarajuste de la crisis cíclica les parece imposible que el proletariado adquiriera conciencia revolucionaria, y ellos mismos se ven condenados a vivir indefinidamente en conáculo. Por eso les indispensable el credo.

A nuestro entender, el capitalismo tiene probabilidades de evitar la crisis de sobreproducción, la repetición, que esta vez sería en escala mucho más vasta, de la de 1929. Pero sólo la experiencia puede mostrar si tiene o no en sus manos todas las palancas necesarias para ello. Afirmar una cosa u otra en estos momentos, es mera ligereza de cascos, porque cuando los datos que permitirían inclinarse en pro o en contra sean aseguibles, el peligro de crisis o la crisis misma si llega, habrán pasado.

entonces
Afirmemos, por el contrario, que nosotros no deseamos esa clase de crisis, porque no la consideramos indispensable, ni tan siquiera favorable para la revolución. Su primer efecto sería encubrir lo principal, la crisis del capitalismo como sistema de producción, como civilización. El problema y la reivindicación más urgente sería entonces la reanudación del trabajo en cualesquier condiciones que fueren, rechazando en la lejanía aquellas otras reivindicaciones económicas y políticas directamente enderezadas contra el sistema, mismas que hoy se puede y se debe defender como inmediatas. En tercer lugar, y sin referirnos sino a lo más importante, la gigantesca extensión de la miseria que acarrearía una crisis de sobreproducción permitiría a los grandes aparatos políticos y sindicales imponerse fácilmente a las masas hambrientas y canalizarlas al capitalismo de Estado. Al reanudarse la actividad industrial nos encontraríamos con un proletariado mucho más sometido que hoy al capital, más alienado, más distante de la consciencia revolucionaria.

fr
Por último, proclamamos que la consciencia revolucionaria no puede engendrarla sino una actividad del proletariado que contraponga soluciones socialistas a cada uno de los aspectos del capitalismo en su funcionamiento normal, tratándolo como sistema de asociación humana caduco, ya reaccionario y pernicioso, y que eso es mucho más hacedero sin crisis de sobreproducción que con ella. La bancarrota del sistema de civilización basada en capital y salariado ofrece sobrados motivos y problemas concretos para suscitar la rebelión contra él. Bien torpes los revolucionarios que lo ven.

FOUMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO
Núcleo M

& & & & & &

"Pero el único camino real por el cual un sistema de producción y la organización social que le corresponde se encaminan a su disolución y a su metamorfosis, es el desarrollo histórico de sus antagonismos immanentes. Ese es el secreto del movimiento histórico que los doctrinarios, optimistas o socialistas, no quieren comprender".

MARX

Nuestra dirección:

Mlle. Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75 - Paris XVIII
Francia

COPIENSE Y DIFUNDANSE LOS TRABAJOS DE ESTE BOLETIN QUE SE
CONSIDERE CONVENIENTE

ANÁLISIS DE UN VACIO

Puede establecerse como regla sin excepción conocida hoy, que mientras más habla de dialéctica un grupo político más horror de ella está. Es el caso de la LIGUE COMMUNISTE francesa, adherida a la IV Internacional, y de la cual existe alguna esquirola española. El vacío de su prosa es total tocante a dialéctica, pero en cambio le rebasa por todas partes una chapucería oportunista que conviene colocar en el lugar que le corresponde.

La política mundial y las relaciones internacionales de una tendencia cualquiera constituyen el criterio supremo para juzgarla. Nadie acertará con una política revolucionaria cabal en el ámbito de su país, sin concebirla como función integrante de la lucha mundial del proletariado, lucha sólo retenida en el recinto fronterizo para las imposiciones administrativas, educativas, policíacas, etc., de un capitalismo que borra a cañonazos las fronteras cuantas veces le conviene, e incesantemente por la penetración económica de los más fuertes.

Partiendo de ahí, la filiación de la Liga Comunista a la IV Internacional casa bien con su actitud ante los problemas del mundo, y de ésta se desgaja su política francesa, como se verá después. La IV Internacional --sépanlo si lo ignoran los militantes de la Liga-- dejó de ser una organización internacionalista durante la segunda guerra mundial, llegando hasta certificar el hecho en el congreso de 1948. Partido americano, partido inglés y partido francés colaboraron a la defensa nacional en su fase de resistencia y pusieron en práctica, en lugar del derrotismo revolucionario, un vergonzoso y vergonzante triunfismo pseudo-revolucionario (1). El congreso de 1948 se negó a condenarlos, a discutir siquiera el hecho, equivalente a una desertión. La resistencia nacional fue elevada tácitamente al rango de actitud internacionalista, y en consecuencia, perdido el Norte, el congreso definió como principal contradicción mundial resultante de la guerra, el enfrentamiento de Rusia transformada en potencia de gran magnitud, con Estados Unidos. Quitó así de su horizonte la contradicción entre capitalismo mundial y proletariado mundial. Desde ese momento, afiliarse a ella no conlleva mayor internacionalismo que entrar en la asociación mundial de esperantistas, si bien es mucho peor en lo político.

Para la recién llegada Liga Comunista, tampoco cuenta la contradicción de clase. Se la sustrae de mente y práctica precisamente aquello que ella considera su fuerte: su idea de "la dialéctica de los tres sectores de la revolución mundial", que la sitúa dentro de la contraposición Rusia-Estados Unidos y orgánicamente en la ya muy turbia IV Internacional.

Escuchémosla: "... el stalinismo a zozobrado en el nivel en que encontraba su cohesión, el nivel internacional. Incapaz de retener por más tiempo el empuje de la revolución mundial, ha tenido que soportar o tolerar sucesivamente la victoria yugoslava, la revolución china, la revolución cubana y el auge de la revolución colonial en su conjunto. En semejante proceso internacional, la revolución vietnamita se le presenta como una calamidad a partir de la cual la correlación de fuerzas corría el riesgo de dar un vuelco definitivo". (Débats et résolutions du I Congrès de la Ligue Communiste. Maspero 1969, p.68).

Se siente uno tentado de exclamar: no os ensañéis, dialécticos de la Liga, con esa pobre burocracia stalinista de París o de Moscú, ya casi sin resuello, en las fútiles a fuerza de encajar revoluciones que no quería. Pero habría que impetrar gracia para infinidad de gente, nada menos que para los autores de las numerosas revoluciones mencionadas. En efecto, todos ellos, según pensar de la Liga, concordes con el de la IV Internacional degenerada, se han

(1) Consúltese: "El S.V.P. y la guerra imperialista", folleto crítico del Grupo Español en México de la IV Internacional; México 1945.

30

visto obligados a hacerlas, han tenido que sufrir --dirigiéndola!-- la revolución proletaria, y no por imposición del proletariado, cuya ausencia de actividad reconocen ambas, sino por obra de un espíritu santo que, identificado, ni siquiera resulta ser, como el de los evangelios, un símbolo genital; se trata, a la inversa, del símbolo de la impotencia pergeñando ramplonamente una cohartada política.

Véaseles tejer la cohartada: En el folletito "Lutte Ouvrière et la Revolution Mondiale" (Laspero 1971), la Liga escribe, Denise Avenas por medium: "El olvido del punto de vista internacional acarrea un segundo error no menos importante: la incomprensión del papel de la pequeña burguesía urbana y rural en los países del Tercer Mundo, y de su capacidad de alinearse en las posiciones del proletariado como realidad internacional" (página 4).

Y en la página 8 sobre China, pero con alcance hasta cualquier país atrasado: "Además del hecho de preparar el campesinado a pasar a posiciones de clase proletarias, el enfrentamiento directo con el imperialismo hacia definitivamente caduca la noción de 'dictadura democrático burguesa', construyendo los revolucionarios a proceder inmediatamente a las grandes transformaciones económicas y a la abolición de la propiedad privada en las ciudades y en el campo. A partir de ahí, incluso en ausencia de un papel activo del proletariado urbano, una dirección revolucionaria adherente a sus posiciones de clase podía y debía dar cumplimiento a la revolución proletaria, incluso apoyándose esencialmente, para vencer, en el campesinado". (Subraya el autor de esta crítica).

La teoría revolucionaria ha considerado siempre a la pequeña burguesía incapaz de desempeñar un papel histórico. Para llevarla a secundar la revolución social consideraba indispensable una fuerte presión del proletariado, la presión máxima, verdad corroborada por decenas de experiencias. Al revés, he-la ahí ahora, gracias a la imprenta de la Ligue Communiste-IV Internationale, forzándole la mano al proletariado, arrastrándolo quiera que no a su revolución, haciéndosela y entregándosela, por así decir, a domicilio. Se entrevé el "cerco de las ciudades por el campo" de Mao Tse-tun, Guevara y otros mistificadores que la Liga acepta. (En la p. 68 del primer folleto citado).

Complétese el cuadro: en Cuba, por ejemplo, los campesinos y la pequeña burguesía obligan a los dirigentes, o sea a Castro, Guevara y compañía, no a someterse a sus intereses, sino a los de la revolución proletaria y comunista. "La dirección revolucionaria cubana fué llevada a alinearse en posiciones del proletariado internacional, de la revolución proletaria, incluso si el proletariado cubano no tomó en ello parte preponderante" (P. 17 del segundo folleto citado). Para facilitar el trago de esa rueda de molino, la autora convierte a gran parte de los soldados de Castro en asalariados agrícolas, Pero están tan ausentes de sus propias meditaciones, que tiene que ir a buscar el enlace con el proletariado internacional; un proletariado que por entonces no se movía sino del trabajo a la cama y de la cama al trabajo.

Así también, después de recordar en la página 11 que el stalinismo ha ahogado la consciencia revolucionaria del proletariado internacional, salva milagrosamente de la corrupción stalinista a la dirección china, que fué precisamente la primera incondicional de Stalin y de su política mundial --y hasta hoy--, a fin de insuflarle el espíritu del proletariado internacional, antes de que se metiese con sus tropas en Nankín, Pekín, Contón, Shangay, etc.

Los textos citados son el meollo de la pretensa "dialéctica de la revolución mundial". Como está dicho casi textualmente en ellos, se trata de la revolución proletaria hecha por interposita clase no asalariada, concretamente por la pequeña burguesía, lo que después va a repercutir en los cuatro puntos cardinales, siempre según la Liga. Ahora bien, la antítesis dialéctica del capital es y no puede ser otra que el salario personificado en la clase obrera. Aunque la ^{pe}queña burguesía sea arrastrada por ésta en determinadas condiciones, sus raíces sociales y sus aspiraciones atávicas la retienen en el

círculo del capitalismo, dentro de la tesis a destruir, y eso hasta su dilución como tal pequeña burguesía. Lo que se nos sirve pues en nombre de la dialéctica de la revolución es un embrollo sin piés ni cabeza, ni menos concreción social en parte alguna del mundo. Filosóficamente no representa siquiera idealismo. En él se engarza por sus presuposiciones y a él revierte por sus repercusiones políticas. Mas así visto en su inmediatez, resultan moras aseveraciones sacadas de la manga de quienes escriben.

Porque no existe en ningún país tal revolución, tildesela de proletaria o de burguesa, ni tampoco masas campesinas y pequeño-burguesas en acción insurreccional. Si los militantes de la Liga sienten necesidad de creer en ella para darse moral, recordémosles el adagio japonés caro a Trotzky: "se puede creer hasta en una cabeza de sardina; la cuestión está en creer".

Antes de decirles lo que existe en sus países "proletarios", conviene elucidar la polémica contra "Lutte Ouvrière", para quien la cabeza de sardina toma el aspecto aberrante de revolución burguesa. Transpuesta a la hagiología laica moderna, esa divergencia es del mismo género, y no menos infecunda, que la antiquísima disputa sobre la naturaleza divina o semi-humana de los ángeles. De todos modos, ángel ven ambos polemizantes. "Lutte Ouvrière" carga a primera vista con la peor parte. Retrocede con su idea, en efecto, más atrás de la revolución permanente y de las Tesis de Abril de Lenin. Por añadidura, reconociendo la posibilidad de la revolución democrático-burguesa en cualquier país, la hace implícitamente extensible a la mayoría atrasada del mundo, y ello iría acompañado de una larga perspectiva de desarrollo de la civilización capitalista. En rigor, eso negaría actualidad a la revolución proletaria en los propios países adelantados. Después de haberse taponado así el camino, "Lutte Ouvrière" procura zafarse del lío teórico en que se ha metido, y tranquilizar a su público, asegurando que se trata tan sólo de una tentativa condenada al fracaso, a menos que el proletariado acometa la revolución permanente. Ergotismo. Sin hablar de la Europa rusificada, también poderes burgueses en su pensar, la "tentativa" china dura ya más tiempo del transcurrido entre la caída de Luis XVI y Waterloo, ya bien enhiestas las instituciones capitalistas francesas y enriquecidos los pequeño-burgueses de 1789-1793.

Pero, ¿dónde está la proliferación de una nueva clase burguesa y la aparición de las normas de derecho y de las relaciones sociales consecuentes? A "Lutte Ouvrière" le está prohibido contestar, y si contestase sería para embrollarse aún más. El retroceso numérico de la burguesía está en relación directa con la concentración del capital, concentración que lleva inscrita en su automatismo la supresión del capital privado o burgués. Y precisamente en los países atrasados, está excluido un crecimiento capitalista, por modesto que sea, sino partiendo de un capital ya muy concentrado, sólo al alcance del Estado o de los grandes trusts internacionales. En cambio, la revolución burguesa presupone capitales numerosos, pequeños, dispersos y en libre concurrencia mercantil. Ni esa condición material sine qua non, ni los factores anejos de las explotaciones rurales en plena vida y de la libertad política han estado presentes siquiera breve tiempo en los países a que atañe la polémica. La ausencia de libertad política y económica es en ellos muchísimo mayor que en los regímenes anteriores, dichos feudales.

En resumen, "Lutte Ouvrière" habla de revolución burguesa cuando las condiciones objetivas de la misma han quedado muy atrás y sin que se advierta ninguno de sus efectos. Peor, en la época en que el sistema creado por la burguesía debe morir. Ha hecho trabajo de invención y de acomodo de la realidad a sus ideaciones y a sus prejuicios, no trabajo de investigación teórica.

Por su parte, la Liga Comunista, con sus revoluciones proletarias "auténticas" o "deformadas" -terminología suya-- deja comparativamente en poco la incongruencia y el oportunismo de "Lutte Ouvrière". En primer lugar, las masas campesinas de que se prevale, vista la absoluta imposibilidad de hablar del proletariado, no son otra cosa que ejércitos regulares pertrechados a

más allá

través de fronteras seguras, o bien organizados allende esas mismas fronteras. Tal ha sido el caso desde el ejército de Mao Tse-tun hasta el sudvietnamita. El de Castro fue una variante de los mismo favorecida por la pequeñez territorial y la situación geográfica de Cuba. Recibió municiones de guerra y boca desde Estados Unidos, incluso por avión, la prensa capitalista yankee le dió popularidad, y jefes militares de Batista le abrieron el acceso a La Habana. Ni uno sólo de esos ejércitos se ha constituido a partir de una insurrección de masas, siquiera campesinas, sino que, una vez constituidos e implantados en cualquier zona, han enrolado a campesinos y trabajadores rurales, a menudo por el terror (1). A un revolucionario, eso le bastaría holgadamente para denunciar como ajenos al devenir histórico todos los movimientos militares en cuestión. Para la Liga-IV Internacional representa, a lo sumo, una anomalía baladí entre otras. Desde el momento en que acepta que el campesinado puede hacer una revolución proletaria sin el proletariado, a condición de verse guiado por una dirección "revolucionaria", es secundario, en efecto, que los propios campesinos sean llevados de grado o por fuerza a emancipar al proletariado. Y resulta en cualquier caso que sin necesidad de apoyarse en la lucha de clases tal como se dá en la realidad, al margen enteramente de la contradicción capital-salariado, la dirección fabrica una revolución socialista a partir de la nada. Los hombres hacen pues la historia y no a la inversa.

A todo esto, ¿de donde sale esa dirección revolucionaria? De la más inesperada de las matrices: sale de la contrarrevolución rusa. Precisando, directamente de la entropierna de Stalin, que nombró a Mao Tse-tun, Chu En-lai y demás Ho Chi Minh de por esos mundos. Lo que arroja el siguiente resultado: la contrarrevolución rusa selecciona una dirección nacional, la impone a un partido para mejor desembarazarse del trotskismo, suprime con ella la revolución proletaria (1926-27) en convergencia con Chiang Kai-shek, acto seguido la mentada dirección se refugia en el confín fronterizo chino-ruso, organiza un ejército de campesinos, y con él ejareta al proletariado la misma revolución proletaria destruida por ella veinte años antes, cuando las masas del campo y de la ciudad estaban en plena actividad, parcialmente armadas y organizadas en soviets. La incongruencia, la enormidad que así se nos sirve como saber teórico y dialéctica de las contradicciones mundiales raya en la insania. Pero aún queda por decir. La tal dirección pone en práctica la revolución proletaria, y simultáneamente la contrarrevolución política, puesto que el proletariado no ha ejercido el poder un sólo instante en China, ni en Vietnam, ni en parte alguna. Lo certifica la propia Liga: "El aparato del Estado presenta, en grados diversos, todas las taras del aparato stalinista". ("Lutte Ouvrière et la révolution mondiale", p. 13).

Después de lo anterior, parece trivial la paradoja consistente en acusar a "Lutte Ouvrière" de no tener en cuenta el peso sofocador del stalinismo", que según la Liga explica "las impurezas" de lo que ella llama revolución proletaria. La liga y sus mentores veteranos cuartistas dicen así más de lo que les conviene; en otros términos, se van de la lengua renegando explícitamente de aquello mismo que dió origen a la fundación de la IV Internacional. Vuélvase a leer subrayado: regando, porque la sofocación, el ahogo de la revolución mundial por el Kremlin y su Tercera Internacional estaba cumplido bien 1933! Lo que hasta entonces había parecido algo parcial y dubitativo, apareció incuestionablemente como total y definitivo con la traición a la revolución alemana. De la imposibilidad de que el stalinismo ayudase en lo sucesivo a cumplir el cometido histórico del proletariado, se dedujo imperativamente la creación de la IV Internacional. Atribuyéndole ahora al stalinismo la revolución social, siquiera deformada, se declara innecesario, falso y nulo el acto de creación y la permanencia actual de la IV Internacional. En todo lo esencial, Stalin y cualesquier Mao Tse-tun habrían tenido razón y hecho buena obra.

(1) Véase la voz guerrilla, en "Léxico de la truhanería política contemporánea, comparado con el léxico revolucionario", en Alarma, números 14 a 17.

Precisase ahora ir al fondo del problema, ver qué cambios económicos ha habido en China y lo que representan. Obedeciendo a su querencia stalinera, la Liga Comunista ni siquiera se interroga sobre lo que es una transformación socialista de la estructura económica. Nos dice, "Tras una especie de NEP de gran envergadura (...) los chinos pusieron rápidamente en pie una economía estatizada y planificada sin gran cosa que ver con una economía burguesa. Desde 1952, el Estado dirigía el 80 % de la industria pesada y el 50 % de las demás industrias. Controlaba la mayoría de los intercambios comerciales al por mayor y al por menor, etc. Verdad que las masas no participaban en el control y en la gestión de la economía; pero la estructura que le dió la dirección china no permite por nada clasificarla entre los Estados capitalistas, de hecho si no en teoría. Sobretudo, en 1958, la reorganización total, efectuada con rapidez vertiginosa, de las relaciones de producción en el campo, que vedaron al campesinado continuar siendo la matriz permanente del capitalismo, lo que es tradicionalmente. La instalación de las comunas populares, cualesquiera sean, por lo demás, sus debilidades y sus carencias, dieron al menos por resultado el trastocamiento total de la estructura económica y social del campo, zapando en su base las diferenciaciones sociales del campesinado, por lo menos con la amplitud que adquirieron en la U.R.S.S. de los años 1925-29". ("Lutte Ouvrière et la révolution mondiale", p. 13).

Dírase que los escritores de la Liga ignoran que desde Chiang Kai-chek la gran industria era propiedad del Estado en proporción aproximada a la referida por ellos tan jubilosamente. Mas para el análisis revolucionario eso es indiferente. Concedámosles sin discusión que la totalidad de la industria y del comercio, exterior e interior, esté acaparada por el Estado y de propina bien planificada. No por ello existiría transformación estructural de las relaciones de producción capitalistas en relaciones de producción socialistas. A lo sumo cabría hablar de acomodo o reorganización de las relaciones de producción características del capitalismo, cosa que ha intervenido numerosas veces, evolutiva o convulsivamente, en el decurso de la existencia del sistema. La liga evita adrede ser clara. Su definición, obsérvese en la cita, es taimada y ambagiosa, a imitación de otras definiciones de la IV Internacional. Escribe: economía Estatizada y planificada, no burguesa. Ese culebreo terminológico se lo impone la existencia, innegable incluso para ella, de la explotación de los trabajadores en China, no menos que en Rusia y demás pretendidos países socialistas. Empero, los explotadores no son, en general, propietarios individuales de instrumentos de producción. La economía, reconozcase, no es burguesa. Ahora bien, definirla así es servirse de una verdad intranscendente para colar de contrabando una monstruosa mentira cargada de transcendencia reaccionaria, a saber, que gracias a ese hecho no se trata de capitalismo.

Hay en semejante planteamiento trampa y hasta falsificación del conocimiento teórico, siquiera sea, en la Liga, inconsciente o inducido "por sus mayores". Para juzgar la naturaleza de una economía, el único criterio válido es el de la función de los instrumentos de trabajo, función capitalista o socialista, según no dispongan o dispongan los trabajadores de los instrumentos de producción, según empleen éstos o no empleen trabajo asalariado. Que el empleador sea el burgués propietario individual, un gran trust o el Estado, trust exclusivo, la función capitalista es la misma, y con ella la de sus adyacentes, la planificación y el control del comercio. Capital son los productos del trabajo anterior, acumulados al margen de los productores y puestos en función mediante nueva compra de fuerza de trabajo. Sin salirse de ese marco, podría llegarse a la supresión de la paga en dinero del salario (caso de las "comunas" chinas al principio, y de alguna "experiencia" local de Castro). Subsistiría, con agravantes, el salariado, siempre determinado por la dependencia del trabajador respecto de los instrumentos de trabajo, dependencia que acarrea automática, férreamente, su desposesión de los productos del trabajo. En consecuencia, la única transformación estructural socialista es la supresión de tal dependencia. Existiendo, sigue en pie el capitalismo, cualquier forma orgánica adopte.

La organización de las "comunas populares" a que tanta importancia concede la Liga, cual si el sector agrario de un país, muy atrasado por añadidura, pudiese ir en delantera del sector industrial, no ha suprimido las diferencias sociales del campesinado; las ha incorporado, por el contrario, a las jerarquías del Estado capitalista colectivo, acentuándolas arriba y extendiendo la proletarización abajo. En las ciudades, cuantos privilegiados no se han opuesto al régimen stalinista conservan su situación como funcionarios del nuevo poder. Le era indispensable a éste producir en el campo igual asimilación, por razones que se verán en la segunda parte de este trabajo. El nombre, "comunas", es tan mendaz como el del partido-Estado: comunista.

Sintetizando, a la elaboración, papel y tinta en mano, de una revolución proletaria sin el proletariado, la Liga no tiene empacho en añadir un cambio estructural que deja en pie y acrece la base más sólida del sistema capitalista: el proletariado, sin otros bienes de mesa, ropero y escuela que los obtenidos por la venta de su fuerza trabajo, que produce y reproduce su condición de clase... y la acumulación del capital. Esa suerte de malabares es bautizada dialéctica.

La clave de tantos disparates y escandalosos contrasentidos (más de los que se verán a continuación) es la noción del Estado. Menester es pues declarar inconcusamente que el Estado no tiene cometido económico que cumplir, ni aún en el caso de que sea convertido en propietario por una insurrección obrera, no ya por las combinaciones stalinino-campesinas que la Liga nos fragua. La idea de un Estado organizador y dispensador del comunismo es, en el mejor de los casos, idealismo hegeliano diametralmente opuesto al materialismo dialéctico; en el peor, es inmundicia propagandística stalinista. La Liga se ha limitado a adoptar la posición de la IV Internacional, que aún despojada de las retorsiones derechistas introducidas por los Frank, Mandel, Maitán y otros Hansen norte y Sudamericanas, participa de aquel idealismo y ha sido invalidada hasta la saciedad por la experiencia.

Una ojeada retrospectiva se hace indispensable aquí. León Trotzky incurrió en el error de afirmar que la propiedad estatizada en Rusia fué introducida por la revolución de 1917. En realidad lo fué por la no transformación de esa revolución permanente en revolución socialista, su única razón de ser. El capital pasó al Estado, y lejos de perder su naturaleza fué acendrándola con caracteres cada día mas brutales a medida que surgía y se redondeaba la contrarrevolución; contrarrevolución política, si, porque sólo en política se quedó, antes de ser anulada, la revolución de 1917.(1).

Partiendo de tal error, Trotzky creía que, hallándose en guerra, el stalinismo usurpador del poder se vería obligado a hacer concesiones al proletariado y que éste reanudaría la revolución. El Kremlin, por el contrario, fué reforzando su terrorismo al mismo paso que los ejércitos nazis avanzaban sobre el ruso adentro. Y lejos de aparecer contradicción alguna entre el sistema de propiedad ruso y al viejo capitalismo, el sector occidental del mismo acorrió en su auxilio y lo salvó de la derrota desdeñando las ofertas de paz que simultáneamente le hacía Hitler. En otros términos, las contradicciones internas del capitalismo, causa de la guerra entre Alemania y los Occidentales, fueron muy superiores a lo que se suponía ser oposición irreductible entre el sistema de propiedad capitalista y el sistema ruso. La prueba quedó hecha: no existía tal oposición. Rusia estaba incursa en las contradicciones internas del sistema capitalista mundial, y nada más.

Por otra parte, Trotzky esperaba también que otras revoluciones triunfaran y liquidaran el stalinismo hasta las raíces. Lo que se produjo fué una extensión territorial enorme del dominio stalinista, su apoteosis. El análisis

(1) Tocante a la idea de enderezamiento del régimen ruso mediante una simple revolución política, consúltese La revolución ninguna, en ALARMA, nueva serie, nº 9.

sis de ~~Trotzky~~ era evidentemente errada, como se había adelantado a reconocer él mismo, para caso de que sus previsiones no se verificasen.

No obstante lo irrecusable de la experiencia, los principales partidos trotskistas, aligerados de internacionalismo durante la guerra, comprometidos en la defensa nacional resistencia mediante, sacaron conclusión opuesta: el stalinismo extiende la propiedad socialista, mal que le pese al propio proletariado. Sencillamente, les era imprescindible tapar con algo sus graves carencias revolucionarias. De ahí que su posición actual, que la Liga adopta, tenga mucho más de engañifa stalinista que de error político o sociológico.

(Continúa en el siguiente número de Alarma)

Octubre 1971

G. Munis

& & & & & & & &

SOBRE BANGLA DESH

Un camarada español simpatizante de "Lutte Ouvriere", nos pregunta si los sucesos de Bangla Desh, o sea del llamado oficialmente Pakistán Oriental, no infirma nuestra tesis tocante a los movimientos nacionalistas, puesto que no se trata, como en otros casos, de un movimiento deliberadamente provocado por otras potencias.

Esto último no es enteramente verdad. La Liga Awami, el principal partido autonomista, hoy independentista, ha gozado evidentemente de apoyos políticos y financieros, no sólo de la India, sino también de Estados Unidos. El 8 de agosto, Le Monde informaba en un artículo sobre la señora Gandhi: "El interés de los Estados Unidos por esa región no es de última hora, ni lo dictan únicamente motivos humanitarios (...). Un periódico nacionalista bengalí ha podido escribir sin que se le desmintiese, que créditos americanos habían servido para costear la campaña electoral del partido autonomista". Y en cuanto a la India, el apoyo al nacionalismo bengalí llega ya hasta lo militar.

La innegable popularidad del movimiento contra Pakistán Occidental y la propia represión de que es víctima, atroz al viejo estilo del despotismo oriental, vienen, por el contrario, a dar mayor solidez a nuestra tesis. Porque nosotros no hemos dicho que todo movimiento nacionalista sea organizado por alguna de las potencias imperialistas en lucha por el producto del trabajo humano mundial. Decimos, sí, que aún surgiendo espontáneamente, un movimiento nacionalista es forzosamente captado por alguna o algunas de dichas potencias.

He ahí a Bangla Desh a merced de la India, y por su intermedio también de Estados Unidos, e incluso de Rusia en la medida que Pekín respalda a Pakistán Occidental cisquándose en su propio señuelo sobre los "pueblos oprimidos".

Nuestra tesis completa, resumiéndola, es que sin la derrota de la revolución mundial, que deja libre juego a los imperialismos occidentales y orientales, no surgirían movimientos nacionalistas, sino insurrecciones de los explotados, tendentes a suprimir las fronteras y establecer la comunidad humana mundial. No existe otra tarea digna de un revolucionario, y ese resulta impracticable haciendo la menor concesión al nacionalismo.

Alarma

Nuestra dirección: Mlle. Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75 - Paris XVIII - Francia

M A P A M U N D I P O L I T I C O

Estados Unidos

El relajamiento de la sociedad estadounidense que parecía tan incommo-
vible y tan impermeable a las ideas revolucionarias, tiene una de sus mejo-
res manifestaciones en el ejército. Desde hace algún tiempo, aparecen buen
número de periódicos clandestinos, locales y nacionales, escritos y distri-
buidos por los soldados. Uno de ellos, llamado !RAP!, no se limita a los
problemas que interesan a los soldados, ya la guerra de Vietnam. Desde su
primer número, presentó a sus lectores el ejemplo de soldados franceses
que en Mayo de 1968 empezaron a organizarse para estar en condiciones de
respaldar a los diez millones de obreros huelguistas. Otro de sus números
reclama una alianza de obreros y soldados, y sin cesar ataca enérgicamente
te al gobierno de Washington. Esas publicaciones son el origen de las denun-
cias que hubieron de hacer algunos grandes diarios, que forzaron el gobier-
no a procesar por asesinato de civiles en Vietnam a diversos oficiales y
mandos del ejército.

Y lo que es mucho más importante para el porvenir, han propiciado la
atmósfera, en Vietnam mismo, para que los soldados americanos se rebelen
contra sus mandos. El número de veces que un pelotón o una compañía entera
se niega a obedecer la orden de atacar tal o cual posición o simplemente
de patrullar en torno a los reductos fortificados en que se concentran tro-
pas americanas y sudvietnamitas, es mucho más elevado de lo que nos infor-
ma la gran prensa. En minorías cada vez más importantes, el espíritu de
rebelión está ya pues instalado en el ejército estadounidense, que será tam-
bién como la experiencia ha demostrado en otras partes, el recurso supremo
del capitalismo frente a una revolución amenazante.

Dada la ausencia mundial de una tendencia internacionalista bien visi-
ble y fuerte, es probable que algunas de las mentadas publicaciones tomen
la posición de quienes fovorecen la victoria de Vietnam del Norte y del
Frente en el Sur, sin que podamos asegurarlo por deficiencia de información.
Su influencia perdería en tal caso significación revolucionaria, o la ten-
drían sino virtualmente, es decir, en la medida en que, oponiéndose al go-
bierno y al Estado Mayor de su propio país, sus redactores y lectores com-
prendan que el mismo problema lo tienen planteado los soldados de Vietnam
del Norte, y en sur por igual los de Saigón y los del F.N.L., sin exceptuar
los del resto de la península. No hay internacionalismo vero sino organi-
zando, o intentando organizar, sobre el terreno, en Vietnam, acciones comu-
nes contra los respectivos mandos. El día en que los soldados de los ejér-
citos "enemigos" fraternicen y colaboren contra sus respectivos mandos y
gobiernos, habrá empezado la acción internacionalista.

La consigna: "Culata al aire!", va contra el proletariado de todo el
mundo y en lo inmediato el de Estados Unidos y de Vietnam, si es dada para
los soldados americanos nada más; dada también para los otros y transforma-
da de acto pasivo en beligerancia colectiva contra todos y cada uno de los
gobiernos interesados, es, entonces si, internacionalista. Pretender que
la victoria de Hanoi y su sucursal sudeña es revolucionaria o siquiera
progresiva es tan monstruoso y estúpido como pretender lo mismo de una
victoria americana. Sólo cerebros más o menos lavados por la publicidad del
imperialismo ruso o del chino pueden creer otra cosa.

La guerra de Vietnam, volvamos a decirlo, es una guerra imperialista
localizada. Peleles gobiernan en Saigón, peleles gobiernan en Hanoi; apla-
sados viven, de Norte a Sur, los trabajadores, y en definitiva, la "solu-
ción", el secreto del cese de los hostilidades, está en Washington, en
Pekín y en Moscú.

C h i n a

El tan venteado y preparado viaje de Nixon a Pekín será decisivo para la solución imperialista del conflicto imperialista. Chu En-lai, que cada día se perfila mejor como el verdadero dictador tras la muralla de silencio erigida por el régimen, se apresuró a declarar que su gobierno estaba listo para acudir a una nueva Conferencia de Ginebra, o sea, para proceder a un segundo reparto de intereses e influencias en toda la Península indochina. De Pekín saldrá, con toda seguridad, un plan secreto de paz que luego, en la escena diplomática, irán aceptando quieran que no los directamente interesados. Y la clave del consentimiento chino, además de su propia porción en el reparto, será, sin lugar a duda, alguna combinación que permita a Nixon "decorosamente" extender a Taiwan (Formosa), el dominio de Pekín. Si por cualquier razón fracasase la negociación chino-americana, se recrudecería la guerra en Indochina.

El ingreso de China a la O.N.U., esa segunda "cueva de bandidos", según expresión lapidaria de Lenin referente a la antigua Sociedad de Naciones, augura en favor del entendimiento. Han sido los Estados Unidos y no Rusia los que han impuesto ese ingreso y dejado votar la expulsión de Formosa. El delegado albanés se dirigía a las otras delegaciones diciéndoles: "Hagamos de modo que los Estados Unidos puedan representar el papel de Poncio Pilatos".

Al descubierto y más claro entre bambalinas, las cosas están ocurriendo como si, para China, sus conflictos con Rusia fuesen mucho más importantes que sus conflictos con Estados Unidos. Y lo mismo exactamente puede decirse de Rusia respecto de China. Es la más reciente de las demostraciones de la identidad de sistema de producción entre los tres mencionados. Sobre la base de producción socialista ^{que} tantos oportunistas y gente inconsciente atribuyen a Rusia y China, ningún conflicto grave podría surgir entre ellas, y mucho menos adquirir mayor virulencia que el conflicto histórico con el capitalismo, conflicto que en tal caso les sería común. Mas para la indigencia teórica de la pseudoizquierda contemporánea, eso no merece siquiera retener la atención.

El conflicto con Rusia, en efecto, es la principal razón del acercamiento de China a Estados Unidos. Y dicho conflicto es no sólo fronterizo y de dominación en Asia; lo es también, y muy grave, económico. Sencillamente, Pekín encuentra que el comercio y los acuerdos de cooperación técnica y cultural con Estados Unidos, con el imperialismo yankee, son más aprovechables que con el imperialismo ruso. Por ese camino entrevé un crecimiento de su potencial económico que Rusia no le consentiría, porque lo teme.

Por su parte, el Kremlin hace sonrisas a todos los occidentales, incluso a Franco y a los revanchistas' alemanes (que tienen importantes contratos comerciales con China) y va de puerta en puerta solicitando un acuerdo de seguridad europeo. Se esfuerza por tal modo en tener las manos libres en su frontera siberiana, donde una 40 divisiones hacen ya frente a China. En otros términos, la centralización del capital en el Estado-partido en dos países tan vastos, ha creado un nuevo foco de guerra imperialista posible.

En fin, lo que haya sucedido en la alta dirección china, de que la prensa diaria informó a principios de octubre sin poder decir qué, oculta muy probablemente una tentativa más de Rusia para torcer el curso de la política exterior china e impedir el acercamiento a Estados Unidos. Que el propio príncipe heredero, Lin Piao, tuviese en ella un primer papel, como se desprende de su súbito eclipse, tiene tan poco de sorprendente para quienes conocemos la corrupción de ese medio, como si se tratase de Chu En-lai o de un obscuro tercerón. La probable significación del hecho es que Chu En-lai había comido de antemano el terreno a Lin Piao y que éste, a pesar de su título, estaba lejos de tener garantizada la sucesión. Es de importancia escasa que Lin Piao haya sido ejecutado en cualquier calabozo, o

que muriese en el avión que volando hacia Rusia cayó (o fué abatido), en Mongolia, a mediados de septiembre. La verdad y los detalles no se conocerán sino con tiempo, sobretodo tratándose de un caso tan importante como el del mimado vicepresidente, el "más íntimo compañero de armas" del otro, el Mao Tse-tun. Silenciosamente, una nueva oleada de represión está abatiéndose sobre la burocracia, incluyendo los mandos militares que dependían directamente de Lin Biao. El asunto demuestra que el poder monolítico y político, mucho más endeble de lo que aparente, está corroído por una lucha sorda de camarillas que se devoran entre sí.

Creemos haber sido los únicos en anunciar, ya amainando la operación policiaca que recibió el nombre de "revolución cultural", que la derrota de Liu Chao-chi era más temporal y aparente que real. Ahora puede decirse lo mismo de la victoria de Chu En-lai.

Bolivia

El derrocamiento del general Torres y la disolución de su respaldo político, la pomposa Asamblea Popular de la Paz, han sido operación de coser y cantar para el ejército. Dijérase que Torres no deseaba otra cosa, poque el golpe de Estado se veía venir desde cualquier parte del mundo y él tuvo tiempo sobrado para impedirlo desmantelando el ejército. Pero había que ir a los trabajadores, armarlos y poner en sus manos cuanto necesitan para emprender una economía socialista. Esperarlo de Torres era pedir peras al olmo.

Lo que en verdad hay que preguntarse es por qué la dicha Asamblea popular se mostró incapaz de poner a tiempo la disolución del ejército, o siquiera de organizar una resistencia importante en el momento del golpe de Estado. La respuesta es que, sencillamente, la Asamblea como tal y cada una de sus organizaciones componentes en particular, tenían hacia el general Torres y su poder, la misma actitud que el general Torres hacia su ejército. Querían mantenerse mediante la conciliación y el maniobreo, no salir adelante por la lucha, incluyendo la lucha armada del proletariado. Y a su vez, esa táctica era consecuencia rigurosa del objetivo estratégico común a la Asamblea y a Torres: objetivo meramente anti-imperialista, tal como entienden el anti-imperialismo los componentes de la Asamblea. Ninguno de ellos incluye los gobiernos de Pekín y de Moscú en la categoría de los imperialistas; al contrario, buscan su amistad y apoyo. En consecuencia, su objetivo no era socializar la economía, sino salvaguardar la propiedad de Estado, extenderla, mermar o anular las posiciones económicas de Estados Unidos. En una palabra, era modificar la propiedad capitalista, no suprimirla.

La Asamblea era pues, también, un olmo incapaz de dar peras. Esos trotskistas que la presentan como "el primer soviét de América latina" prosti-tuyen la idea de soviét, de órganos proletarios de poder. Repitiendo lo dicho en el número anterior de Alarma, constitian la Asamblea, no representantes obreros libremente elegidos, aunque fuese mal elegidos, sino dirigentes de las organizaciones políticas y sindicales, burócratas, entre los cuales los menos viciados, los trotskistas, llevan ya años de colaboración reformista con diversos gobiernos y son los culpables de que el proletariado boliviano no esté en el poder. Porque ellos tuvieron tuvieron en un tiempo influencia decisiva para hacerlo... y desviaron en despreciable sentido nacionalista.

De ahí que la única resistencia obstinada que encontrasen los militares fuese la del sector; menos escaldado por las experiencias anteriores y menos encuadrado por los aparatos orgánicos: los estudiantes.

Chile

Desde hace meses, el señor Allende y sus acólitos stalinistas hacen llamamiento tras llamamiento a la intensificación del trabajo y de la producción, al mismo tiempo que a la "moderación" en las reivindicaciones obreras. Les encolerizan particularmente las expropiaciones de tierras y de fábricas. Las expropiaciones que se hagan, pretenden, han de obedecer a un plan gubernamental. Dentro de la legalidad, Allende quiere organizar, él también, una "Asamblea Popular".

Ese lenguaje y esos proyectos son mezcla del conocido lenguaje reaccionario sobre la necesidad de producir más para ganar más (Franco y sus lugartenientes lo han repetido hasta la saciedad) y de el de los ngereaccionarios con sede en Pekín y en Moscú.

En efecto, las expropiaciones de fábricas y tierras, hechas por los trabajadores mismos, conceden a éstos, acto seguido, la posibilidad de organizar la producción y la distribución de los productos bajo su propia gestión. Ahí empieza el socialismo. Por el contrario, obedeciendo a un plan gubernamental, ya no son otra cosa que expropiaciones de un burgués, de un terrateniente, de una sociedad anónima o de un trust, por el representante supremo del capitalismo, el Estado. Para los obreros y los trabajadores de la tierra, ésta última operación no representa sino el paso de un patrón a otro, igual que si la fábrica o la tierra en que trabajan hubiese sido vendida a un capitalista mucho más fuerte. Y es ley invariable que el crecimiento y la concentración del capital agravan la situación de dependencia de los asalariados. Los trabajadores chilenos no tardarían en sentir esa agravación sobre sus propias costillas si el proyecto stalino-allendista prosperase.

En cuanto al otro proyecto, el de Asamblea Popular, no necesitamos repetir lo dicho en este y en el número anterior de Alarma. El deber de los revolucionarios es denunciarlo como una abyecta falsificación y recomendar a los asalariados constituir sus propios órganos de poder eligiéndolos libremente en los lugares de trabajo, asignándoles por meta la disolución del poder existente con todos sus organismos policíacos y militares, y la gestión obrera de producción y distribución.

=====

L E A N S É

Llamamiento y exhorto a la nueva generación	-	precio	1	franco
Pro Segundo manifiesto comunista (español y francés)	"	9	"	"
Los sindicatos contra la revolución por B. Pétet y G. Manis	"	6	"	"
Pedidos y pago a nuestra dirección				